

## HOMENAJE A JORGE E. RIVERA (1927-2017)

Lic. Rodrigo Brito P.<sup>1</sup>  
*Universidad de Chile, Chile*

A lo mejor, lo primero que tienen que hacer los filósofos es callar (...). Es posible que algunas veces el filósofo tenga que razonar y discutir. Pero la filosofía no consiste fundamentalmente en eso. Consiste en ver cosas extraordinarias. (...) Ver cosas extraordinarias es asombrarse de lo más simple, de lo más cotidiano. Es darse cuenta, de pronto, de que todo es EXTRAÑO.

Jorge E. Rivera

A propósito del reciente fallecimiento del connotado filósofo y académico chileno Jorge E. Rivera, surgió en mí el deseo de expresarle mi agradecimiento y admiración a este hombre maravilloso con quien tuve el privilegio de compartir durante seis años como su ayudante (y otros tantos como alumno) mientras yo estudiaba Licenciatura en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Hace unos años el Dr. César Ojeda escribió un homenaje al pensamiento de Rivera;<sup>2</sup> el mío, en cambio, quisiera que fuera a la persona, al maestro; desde las profundas huellas que “el profe”<sup>3</sup> ha dejado en mí. No quisiera que este breve homenaje se torne demasiado unilateral e idealizador, por lo que procuraré mostrar tanto las luces como las sombras que, a mi parecer, constituyen el modo de ser de este hombre menudo, de intensos ojos azules y de risa fácil. Estas líneas comencé a escribirlas en octubre del año 2015, hace más de un año, mientras Rivera aún vivía. Luego las dejé guardadas y, en medio del ajetreo y de las múltiples distracciones propias de nuestro caótico estilo de vida, recién ahora las retomo para concluir las. En estos momentos (enero de 2017) han cambiado algunas cosas desde entonces, el profesor ha fallecido luego de sobrellevar un cáncer grave que en el último tiempo deterioró severamente su salud. De este modo, lo que sigue ha pasado a convertirse en una despedida.

<sup>1</sup> Psicólogo y Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Psicología Clínica de Adultos por la Universidad de Chile. E-mail: [rodrigobritopastrana@gmail.com](mailto:rodrigobritopastrana@gmail.com)

<sup>2</sup> Ver Ojeda, C. *Jorge Eduardo Rivera y el pensamiento filosófico*. Rev GPU 2015; 11; 3: 230-237.

<sup>3</sup> Así le llamábamos muchos de sus alumnos y ha sido la forma que hasta el día de hoy utilizo para referirme a él.



Siempre he tendido a pensar que en Chile casi no hay filósofos ni pensadores, sino sólo, con mayor o menor mérito, comentaradores de las obras de otros que se supone sí son pensadores. Otro prejuicio que he tenido desde hace años es que en el mundo de la filosofía existe una verdadera hipertrofia de la razón, en desmedro de la expresión emocional y del establecimiento de relaciones íntimas. Una tercera convicción me dice que en el mundo del pensamiento reina un egocentrismo y un narcisismo desmesurados e inadvertidos. Pues bien, en estos tres casos (y en otros tantos) Jorge E. Rivera constituye para mí una excepción. Su forma de pensar, de enseñar y de relacionarse, me revelaron a un hombre original, que daba una clara prioridad al sentir del corazón y que desde su natural humildad demostró cada vez que pudo una enorme generosidad y disponibilidad. Para quienes no tuvieron la fortuna de conocerlo, sépase que se trata de una “especie” en extinción.

Antes de llegar por primera vez a su mítico curso del Campus Oriente donde enseñaba *Ser y Tiempo* de M. Heidegger, el profesor gozaba de una gran popularidad y este curso era un paso obligado para los estudiantes de las más diversas disciplinas tanto humanistas como científicas, así como para las personas comunes y corrientes del mundo exterior. Yo mismo venía de psicología y era habitual encontrar en sus clases a dueñas de casas, empresarios o amigos de algún alumno. Visto con la distancia del tiempo me resulta asombroso el poder de atracción que podía ejercer un curso cuyo tema aparente era tan árido y poco alentador. Más extraño aún si consideramos que la Universidad como institución ha ido dejando progresivamente de ser un espacio de diálogo con la sociedad para transformarse en una empresa al servicio de la producción y donde se enseñan conocimientos y destrezas demasiado específicas, olvidando el sentido de estos saberes para el arte del buen vivir. Lo que hacía de las clases de Rivera un acontecimiento era precisamente que ahí acontecía la extraña experiencia de pensar la vida y todos éramos interpelados en nuestras acomodadas maneras de vivir.

Desde el primer momento me di cuenta de que yo iba a estar junto a este maestro mucho tiempo y así fue. Después de transcurrido el primer semestre, en el que alcanzamos apenas a estudiar una pequeña parte del libro en cuestión (que nos tomó seis años en completarlo), el profesor se me acercó y así de la nada me propuso que desde ahí en adelante yo fuera su ayudante y que me encargara de ciertos aspectos logísticos del curso. Con el tiempo comencé a hacer ayudantías semanales para quienes quisieran ponerse al día con lo ya visto del libro en semestres anteriores, reemplazándolo incluso en varias clases que por distintos motivos él no pudo realizar. Este fue para mí un período de gran dedicación e inspiración que me permitió tener el privilegio de un trato muy cercano y de mucho aprendizaje junto al maestro.

Quisiera contar algunas anécdotas que ayuden a bosquejar algunos de los rasgos de la luminosa personalidad de este maestro. Lo primero es recordar

que Rivera fue sacerdote durante muchos años y que se retiró del sacerdocio más o menos en esa etapa conocida como “la edad media de la vida”, debido a una crisis personal, en la que (entre otras cosas) puso en cuestión su vocación para el celibato. Sin embargo, en realidad nunca dejó de ser un sacerdote, en el sentido profundo de mantener viva su vocación de pastor de almas, y sus clases no eran más que una excusa para despertar en sus alumnos la pregunta por el misterio de la vida y de su sentido. Siempre consideré su modo de enseñar como una forma de psicoterapia, lo que se expresaba en el efecto que producía en sus oyentes. Recuerdo que hubo algunas clases en que algunas personas muy emocionadas y tocadas por sus palabras no podían contener las lágrimas y que casi siempre en los recreos nos quedábamos conversando acerca de temas personales en relación a lo que estábamos viendo en clases.

Al mismo tiempo, sus clases siempre estaban impregnadas de un humor simple, casi ingenuo, que nos hacía reír a carcajadas. Podíamos pasar de un momento a otro de un estado de seria reflexión a una alegría que nos hacía esbozar una sonrisa. Pese a su genialidad y a su merecido reconocimiento, siempre mantenía una actitud de humildad y un sentido del humor que lo aplicaba a sí mismo, haciendo o diciendo cosas ridículas, sin temor al absurdo. Se burlaba de sí mismo y de sus estudiantes de forma tal que mantenía un profundo respeto, al tiempo que podía poner de manifiesto actitudes nuestras que no eran precisamente aquellas que quisiéramos mostrar en público y que en lo personal me ayudaron a quitarme el velo de la seriedad y de la pesadez tan propios del estudio filosófico.

En este mismo sentido, me sigue pareciendo maravilloso que el profesor, no obstante haber sido un hombre ya mayor en pleno proceso de envejecimiento, mantenía un alma de niño. Esto lo expresaba todo el tiempo, por ejemplo, haciendo morisquetas con la cara, interpretando con histrionismo alguna de sus melodías favoritas en un violín imaginario con sonido y todo (el profesor era alguien muy versado en música clásica) o subiéndose sobre una silla para simplemente comprobar que todo depende desde la perspectiva desde la que se mira. Tengo la sensación de que Rivera, en el fondo, nunca dejó de ser un niño, que fue capaz de mantener una “mente de principiante” y una capacidad para el asombro que lo convierten en un filó-sofo en todo el profundo y simple sentido de esta palabra, pues al fin y al cabo sólo busca quien está movido por inquietudes y quien está abierto a explorar nuevas tierras. Rivera fue para mí un notable ejemplo de un auténtico buscador.

Por otra parte, nunca le hacía el quite a una pregunta, por insignificante que pareciera, pues como él siempre decía “en filosofía no hay preguntas tontas”. Esto lo convertía en un maestro de la conversación, incluso con una audiencia grande. De él aprendí mucho acerca de la importancia de preguntar y de quedarse el tiempo suficiente en una pregunta. Esta dedicación y esta paciencia eran verdaderos ejemplos de una actitud filosófica seria y comprometida, que explican, por ejemplo,



el hecho de que se demorara tantos años en la traducción de *Ser y Tiempo* del alemán al español, siendo su traducción reconocida mundialmente como una de las mejores.

En esos años junto al profesor aprendí también acerca de la tremenda importancia que tiene el lenguaje en la vida de las personas. Podíamos dedicar una clase completa a pensar una sola palabra, desde su etimología (Rivera era un gran conocedor del griego y del latín) hasta sus significados existenciales que siempre abrían nuevos mundos e inspiraban nuevos pensamientos. Si pudiera decirlo en una fórmula breve, él nos transmitía constantemente que quién piensa con claridad habla con claridad; lo que nos permite comprender mejor un problema y vivir con mayor lucidez. Gustaba el maestro de citar a Ortega cuando señalaba que la claridad es la gentileza del filósofo y Rivera era en este punto un profesor tremendamente gentil.

Hubo un período hacia el final de mi estudio de filosofía en que la situación económica en mi familia se puso difícil y pensé que la universidad tal vez podría ayudarme. Al fin y al cabo sólo me quedaba un año y ya había terminado una carrera entera (psicología). Preocupado por la situación me acerqué a conversar con el profesor para ver si él me podía orientar para pedir esta ayuda a la universidad. Me escuchó atentamente y sin siquiera pensarlo me dijo que me olvidara de eso, que él me pagaba lo que me quedara de carrera. Me quedé desconcertado, casi avergonzado, y le dije que eso no le correspondía, pero él insistió en que podía y quería hacerlo, sólo que con una condición: que si alguna vez alguien requería algo de mí hiciera lo mismo por esa persona. Para mí este gesto no sólo significó poder terminar concretamente mis estudios, sino que marcó profundamente mi vocación de ayuda a los demás y me mostró otra faceta de este intelectual brillante: su humilde y honesta generosidad. Luego me enteré de que este tipo de amabilidades las hacía con otras personas todo el tiempo.

Algo que siempre me llamó la atención de Rivera era que su vida era como un libro abierto. No tenía ningún tapujo en contar experiencias íntimas en las clases, aunque luego fui comprendiendo que este estilo obedecía en general a una misión mayor, la de hacer llegar su mensaje de manera más cercana y efectiva. Era como si pusiera su propia vida al servicio de mostrarnos por la vía del ejemplo y del testimonio personal cómo es que los hombres podemos equivocarnos y lograr cosas maravillosas. Como dijo Viktor Frankl, “el hombre es aquel ser capaz de crear las cámaras de gas, pero también aquel ser capaz de entrar en ellas con una plegaria en los labios”.

Como dije al comienzo, no todo fue luz en Rivera. Pero esto se aplica a todos nosotros. Por muy lúcido que sea alguien, no deja de ser un ser humano con sus complejidades y contradicciones. En esta línea, también me fue pasando que había cosas de él, de su modo de ser y de su modo de comprender la vida filosófica que no me hacían sentido. Me fui dando cuenta de que no obstante su gran habilidad

social y expresiva, casi histriónica, en clases, fuera de ellas era un hombre más bien solitario que forjó “amistades” básicamente intelectuales. Siempre me impresionaba que considerara “amigos” a académicos con quienes tenía una relación esporádica, impersonal y basada en ciertas afinidades intelectuales. Tal vez sea un asunto generacional, pero me temo que en el mundo de la filosofía suele confundirse un interés intelectual común con una relación de intimidad. Siempre me pareció que el profesor estaba solo.

Por otra parte, no obstante su agudeza y su claridad, siempre me ha parecido que Rivera era un hombre ingenuo en un amplio sentido. Le costaba ver malicia en las personas, razón por la que creo que más de alguien se aprovechó de él. Pero también en lo académico, creo que le fue difícil analizar las teorías incorporando lo negativo que hay en ellas, siendo a veces demasiado poco crítico. Un buen ejemplo de esto es su relación con la persona y con la obra de Heidegger, a quien siempre admiró y a quien justificó incluso en su inclinación política hacia el nacionalsocialismo o en sus grandes omisiones, por ejemplo, de tipo ético, al no desarrollar de un modo adecuado la cuestión de la relación con los otros y al presentar a un hombre cuya existencia está básicamente descarnada. El mundo interior de Rivera me recuerda ese libro maravilloso de Hermann Hesse, *El juego de los abalorios*, en el que todo está puesto en un orden armónico bajo los designios de una razón todopoderosa. Por supuesto que todo esto contrasta con el estilo afectivo, incluso vehemente, que el profesor manifestaba en sus clases e incluso con sus propias ideas acerca de los límites de la racionalidad y de la importancia de los afectos y del respeto por los demás.

Esta “ingenuidad” la veo también en la ambigua relación que se dio en el profesor entre filosofía y religiosidad. Para mí está claro que es esta última la estrella que guio su vida, su obra y su enseñanza. Rivera fue un hombre cristiano y pienso que utilizó esta clave para interpretar a autores y para enfrentar problemas filosóficos que no caben dentro de esta manera de ver el mundo. Recuerdo vívidamente cuando en una clase el profesor, muy inspirado, nos dijo casi como en secreto que él creía que como Dios es infinitamente bueno nadie se va al infierno, que la salvación es para todos, sin ninguna discriminación, que así de inmenso es el amor de Dios. Lo dijo con una convicción increíble, como si tuviera acceso a una revelación de la cual todos los demás estábamos fuera. Siempre me pregunté con qué derecho y en base a qué cosa podía hacer este tipo de afirmaciones. Estoy consciente de que brotan de una intención amorosa de un corazón muy compasivo, pero en un curso de filosofía sonaban muy anacrónicas, casi simplistas, diría yo. Claro, esto para una mentalidad racional y crítica que guste de la argumentación y del diálogo para convencer a otro. Aquí Rivera hablaba desde la pura fe y dejaba entre paréntesis en forma inadvertida el pensamiento filosófico, el esfuerzo consciente por dejar abierto un enigma, por no cerrar tan rápido una cuestión tan trascendental.



En todo caso, más allá de las contradicciones que el maestro haya tenido en su larga existencia (y quien esté libre de pecado...), Rivera ha dejado una profunda impronta en mí. También yo vivo en el esfuerzo de integrar mi vida personal con mi vida profesional y he encontrado en la vocación terapéutica este puente unificador. *Rivera fue siempre, por sobre cualquier cosa, un gran psicoterapeuta, en toda la amplitud de esta palabra: un pastor y cuidador de almas.* Tanto en su tratamiento de las teorías como en el trato con las personas él procuró formar y transformar, es decir, ayudar a que las personas encuentren su camino. Esto supone una convicción poderosa sobre la posibilidad del sentido de la vida, sobre el infinito margen de crecimiento e integración que tenemos los seres humanos. Y en este punto, creo estar contagiado con la confianza de Rivera.

Por otra parte, la pasión del profesor por el estudio, la reflexión y el lenguaje siempre tuvo un enraizamiento ético, lo que significa que la claridad conceptual estuvo siempre al servicio de la iluminación de un mejor vivir personal e interpersonal. También aquí reconozco su influencia. *Cada vez en forma más notoria me inclino a pensar ideas que tengan cierta "utilidad" para la vida práctica,* para esa que vivimos todos los días, en nuestras horas de inspiración y en nuestros tiempos de sufrimiento e irritación. No concibo una reflexión que no me ayude a mí mismo y a quienes me rodean a ser más felices. Paradojalmente, esto ha hecho que me vaya alejando en general de las filosofías occidentales y acercando cada vez más a prácticas y pensamientos orientales y de pensadores y maestros occidentales con una explícita orientación ética, más allá de rimbombantes especulaciones morales.

Esto último, también lo aprendí del profesor: la diferencia crucial que existe entre ética y moral. Y no lo aprendí sólo porque se lo escuchara, sino porque veía en él a un hombre grande y noble, que encarnaba en lo que hacía mucho de aquello que predicaba sobre la importancia de amarnos y de respetarnos, de convivir fraternalmente sin importar las barreras artificiales impuestas por nuestra sociedad industrializada y del consumo. Sus clases eran un ejemplo vivo y directo donde podíamos *experimentar* este tipo de encuentro mutuo y de diálogo con un horizonte común. Cualquiera puede articular unos admirables principios morales; pocos pueden vivir con plena consciencia en cada gesto de su vida, aunque muchas veces no se pase de la mera intención. Rivera pertenece, en mi opinión, al escaso grupo de los que comienzan por casa.

Ahora que me detengo a recordar ese tiempo junto al maestro, se me vienen imágenes imborrables: lo veo caminando por los pasillos del Campus Oriente, con su pequeña silueta y vestimenta formal, a paso rápido, con un maletín de cuero en la mano, con su pelo cano y esos ojos de cielo diurno que lo convertían en una especie de luciérnaga en medio de la oscuridad de la noche, todo él concentración y entrega a su misión semanal de los días jueves a las 18 hrs. Siempre me llamó la atención

el hecho de que Rivera dedicara un tiempo no menor antes de cada clase a revisar qué veríamos, aunque supiera casi de memoria un libro (*Ser y tiempo*) que él mismo tradujo a lo largo de un laborioso trabajo de muchos años. Mirado en retrospectiva, siento que incluso en este gesto mostraba un profundo respeto por quienes íbamos a asistir a sus clases.

Hace unos 10 años que Rivera ya no enseñaba. Luego se consagró a escribir un detallado comentario a ese *opus magnum* de Heidegger que tanto amó. En los últimos años, el profesor padeció notables problemas de memoria que se agravaron progresivamente y que le hicieron imposible proseguir con su labor académica. El maestro comenzó a hundirse en el silencio, pues su hora de partir, como en cualquier momento nos ha de suceder a todos nosotros, ya llegó. Para mí Rivera es, como dije al comienzo, una especie en extinción. Rivera fue un intelectual que ha sabido mantenerse al margen del negocio de la academia y de su intrincado engranaje. Mi relación con él me ha vuelto muy crítico de la forma actual en que ha devenido el quehacer académico universitario. En mi doble militancia (ejercicio como psicólogo e intento mantener una reflexión filosófica), soy testigo de cómo la ciencia y la filosofía están sucumbiendo ante el enorme poder del mercado de la educación, el que hace que se investiguen temas muchas veces irrelevantes en conformidad a una metodología estrecha que se ha transformado en criterio último de la “verdad”. Rivera siempre supo permanecer ajeno a este desvío, al punto de que sus ensayos siempre los escribía a mano. Más de alguna vez le transcribí alguno en computador.

En una época como la nuestra, en que el oficio del pensar carece de voz e influencia, aplastado por la maquinaria de un cientificismo simplón, cortoplacista y desorientado, al menos para mí se vuelve imprescindible volver a observar con atención el ejemplo de hombres y pensadores como Rivera. Creo que podemos sacar mucho provecho de ello, tanto positiva como negativamente. Sé que puede sonar extravagante en la actualidad esto de volver la mirada hacia atrás en lugar de lanzarnos entusiastamente hacia alguna próxima innovación, pero creo que en este punto tenemos que escuchar con mucha seriedad aquella frase de Silvio Rodríguez en la que canta: “El sueño se hace a mano y sin permiso / arando el porvenir con viejos bueyes”.

Desde una perspectiva positiva, me parece importante no perder esa unidad que encontramos entre pensamiento y vida cotidiana que el querido profesor encarnó tan bien. También creo que debemos mantener viva esa tradición de pensar gratuitamente, guiados por una motivación e inquietud personales, no para “hacer carrera” ni para cumplir con absurdos plazos de ningún tipo. Rivera representa un tipo de academia en donde darse tiempo para crear, madurar y discutir ideas no es un lujo, sino una importante actividad humana con un enorme potencial de fecundidad para nuestra sociedad. Esto implica cuestionar el curso que podría



seguir una reforma de la educación superior que la oriente precisamente en una dirección contraria: hacia una mayor estandarización y hacia una burocratización aniquilante que amenace con coartar la *libertad, la creatividad y la osadía de nuestros académicos de pensar por su propia cuenta en pro de nuestra situación colectiva*. Rivera encarnó la dignidad del docente consagrado a su misión y al menos a mí me hace sentir la vergüenza de la penosa posición en que nos encontramos la mayoría de los académicos que ejercemos esta hermosa labor en la actualidad. Que el ejemplo del profesor nos invite a reposicionar la función del docente universitario en el lugar que le corresponde, es decir, en el del pensamiento y de la creación, y que no nos perdamos en inútiles enredos burocráticos que, según el decir de Heidegger, nos entrapan en un tipo de reflexión calculadora cerrada sobre sí misma.

Desde la vereda opuesta, no puedo negar que hay cosas en Rivera que pertenecen a una época pretérita que está bien superar y reemplazar por formas más ajustadas a nuestro momento histórico. En particular, soy de la opinión de que hoy sería un lujo que nos dediquemos a estudiar y discutir acerca de meras minucias intelectuales, como puede ser una erudita discusión acerca de si tal o cual palabra viene del griego o del latín. Esto, si consideramos que nos enfrentamos como humanidad a desafíos globales sin precedentes, como los son el cambio climático, las migraciones masivas y reformas educacionales sin fundamentos. Creo que el mundo académico debe recuperar libertad y creatividad, pero no para volver a perderse en abstracciones esquizoides, sino para comprender con más claridad los problemas que nos afligen y para ir encontrando en conjunto formas sensatas, colaborativas y realistas de enfrentarlos. Ni el extremo racionalismo ni la mera apelación a la fe en Dios son modos eficaces hoy día para la reflexión académica. Y en este punto Rivera representa el desvanecerse de un mundo perdido, lo que me parece muy bien siempre que tengamos una nueva actitud con el poder suficiente para despertar nuevas preguntas y consagrarnos a ellas con pasión y perseverancia.

Observo en la actualidad dos venenos en el mundo de la academia: el primero dice relación con cómo se entiende hoy en día la planificación de los cursos y la realización de investigación. En ambos casos, la lógica imperante se inserta en lo que Heidegger llamó “pensar calculador”, que es un tipo de reflexión que intenta asegurar por medio del control y la planificación los resultados esperados, no dejando lugar para un auténtico descubrimiento, para una auténtica conversación, para la creatividad que da el sello personal de un docente-investigador, ni para formular preguntas desde una auténtica inquietud y curiosidad. Nos viene bien en este punto recordar esa célebre frase de Heidegger, que al profesor le encantaba transmitir: “el preguntar es la devoción del pensar”. El segundo veneno refiere al modo en que las distintas disciplinas se han encapsulado en sí mismas y se han perdido de la potencial riqueza de un diálogo fecundo con otras disciplinas. Reconozco que esto

ha empezado a cambiar en las últimas décadas, sin embargo, veo con preocupación que sólo sean las neurociencias las que ocupen este lugar de puente. Si hay algo que nos puede enseñar el pensamiento de Rivera es a devolver a la filosofía su lugar de prioridad como integradora de múltiples saberes y experiencias en pos de preguntas que valgan la pena para el fomento del bienestar personal y colectivo, incluso más allá del antropocentrismo aún reinante en nuestras formas de pensar. En otras palabras, necesitamos más diálogo interdisciplinario y la filosofía debiera ocupar un rol protagónico en esta orquestación, para comprender cada vez mejor eso que Bateson llamó “la pauta que conecta” todas las cosas.

Al igual que el profesor, yo siento un profundo amor por la universidad, por sus potencialidades transformadoras de las personas y de la sociedad en su conjunto. No quisiera cerrar este homenaje-despedida, sin recordarnos algunas reflexiones de Rivera acerca de la universidad y, en particular, acerca del eminente rol que le cabe a la filosofía en ella. En su hermoso libro *De asombros y nostalgia*, publicado en Santiago, por Ediciones Universidad Católica, en 1999 (año en que conocí al maestro), hay un capítulo dedicado a este asunto: se llama “La filosofía en la Universidad”. De aquí quisiera compartir algunas frases iluminadoras:

“(…) la Filosofía es una instancia de diálogo dentro de la Universidad (…) Al entablar un diálogo con estas distintas maneras de abordar la realidad, la Filosofía contribuye a la integración de los saberes, es decir, a hacer de ellos una unidad viva y no un mero conglomerado ocasional reunido por razones puramente organizativas” (1999, p. 263).

El maestro toca aquí un punto central de la formación universitaria: la necesidad de la *interdisciplinariedad*, del diálogo entre diversas perspectivas y apunta hacia la filosofía como una disciplina privilegiada para actuar como directora de orquesta, desde su natural vocación integradora.

“El estudio, así entendido [como tentativa siempre renovada], es precisamente lo contrario de la mera instrucción o –en forma extrema- de la pura erudición. Estudio es inquietud, pasión, esfuerzo. Es no quedarse en lo ya conseguido. Es afán de superación. Vale decir, estudio es el nombre propio –más aún que el de ‘investigación’- para la auténtica vida intelectual” (1999, p. 263). “(…) Sin estudio, la docencia se convierte en letra muerta, en pura repetición estereotipada de lecciones sin vida” (1999, p. 265).

Si en la universidad no se estudia, ¿dónde lo haremos, entonces? Pero aquí Rivera no habla del estudio de los estudiantes, sino del necesario tiempo que los académicos requieren para estudiar, para comprender, ampliar e integrar sus saberes y experiencias.



Y además, nos dice que el *estudio* es mucho más que la mera *investigación*, a la que estamos más acostumbrados, aunque mantienen una relación de necesaria complementariedad. La gran diferencia entre ambas consiste en que la investigación suele basarse en el método científico y su objeto de estudio está pre-figurado por el método y otros requisitos formales, en cambio el estudio está motivado por la curiosidad, por una inquietud apasionada, por auténticas preguntas, importando mucho más el camino del pensar que el eventual resultado al que se llegue.

“La Filosofía arrastra de este modo en su movimiento al propio filósofo: lo obliga a cambiar de actitud, a adaptarse a la nueva realidad. De ahí proviene su carácter formativo: *paideia*, lo llamó Platón, que puede traducirse por ‘formación’ o ‘cultura’” (1999, p. 261).

Aquí el profesor nos muestra un aspecto central de toda formación genuinamente filosófica, y entiéndase que ésta puede darse en cualquier disciplina que incorpore preguntas y modos de este tipo de pensar: la filosofía siembra semillas de transformación personal y colectiva, e implica un compromiso existencial de la persona que se ocupe con ella. Si de verdad queremos formar a nuestros estudiantes, primero tenemos que vivir la experiencia de transformarnos a nosotros mismos desde el pensar y la toma de decisiones que emergen del proceso vivo de filosofar, de hacerse cargo de las preguntas im-portantes. ¡Y vaya que el profesor era un verdadero maestro en transformar las vidas de nosotros, sus estudiantes!

Quiero terminar esta apelación a las inspiradoras ideas de nuestro pensador con una última cita, en donde se aprecia claramente esta mezcla de ingenuidad y lucidez que siempre lo han caracterizado, pero de cuyo sueño pueden surgir (eso quisiera creer) claras directrices para construir realmente una formación universitaria. Si bien él lo piensa para la filosofía en particular, creo que puede valer para casi cualquier otra disciplina en la que haya que pensar y estudiar:

“Imagínese un Instituto de Filosofía con doce o quince profesores de jornada completa. Como sus remuneraciones son suficientes, ellos se dedican en forma exclusiva a su propia universidad. No hacen muchas cosas, pero lo que hacen lo hacen bien (...) Su tarea fundamental es el estudio de la filosofía”. “(...) Cada profesor de este Instituto de Filosofía que ahora estoy imaginando tiene dos o tres cursos o seminarios, a los que asisten estudiantes de distintas facultades”. “Yo imagino una universidad donde se hicieran doce o quince seminarios abiertos a cualquier estudiante o profesor, donde se leyeran las obras más importantes de la filosofía. Imagino el hervidero de vida intelectual que serían estos ‘seminarios’, verdaderos ‘semilleros’ de inquietud humana y filosófica”. “(...) Aparentemente no sucedería nada demasiado importante. Así fue siempre la Filosofía. ¿Quién hubiera

imaginado en los tiempos de Nietzsche la tremenda repercusión que tendría su pensamiento en el siglo XX? *Así vive la Filosofía y así opera: en las catacumbas, pero con una energía explosiva que a la larga transforma el mundo mucho más hondamente que las revoluciones políticas y que las guerras*". (1999, p. 269, las cursivas son mías).

Como se puede apreciar, hablar de Rivera significa para mí hacer una reflexión acerca de varias otras cosas que él (en cuanto persona y en cuanto pensador) encarnó de manera ejemplar. Ya para terminar, simplemente agradecer a este gran maestro y a la vida por haberme puesto en su camino. Deseo sinceramente que su persona y su legado sean reconocidos en nuestro país, a sabiendas de la enorme pobreza cultural que nos corroe, que nos vuelve ciegos y olvidadizos respecto de aquellos grandes que nos han precedido y que nos han aportado tantas semillas que quedan a la espera de que las hagamos germinar. Mi cariño y más agradecido recuerdo profesor.